

# LA VENIDA DEL SEÑOR

Ejercicios espirituales

P. Steven Scherrer

2005  
Corregido 2006

## ÍNDICE

I	El banquete mesiánico	3
II	Los ángeles y el fin del mundo	7
III	Las profecías mesiánicas	10
IV	El fin del mundo	15
V	San Juan el Bautista y la venida del Señor	20

## EL BANQUETE MESIÁNICO

“Y el Señor de los ejércitos hará en este monte a todos los pueblos banquete de manjares succulentos, banquete de vinos refinados, de gruesos tuétanos y de vinos purificados. Y destruirá en este monte la cubierta con que están cubiertos todos los pueblos, y el velo que envuelve a todas las naciones. Destruirá a la muerte para siempre; y enjugará Dios el Señor toda lágrima de todos los rostros; y quitará la afrenta de su pueblo de toda la tierra; porque el Señor lo ha hecho” (Is 25, 6-10).

Esta es nuestra gran esperanza. Vivimos en esperanza ahora por este gran día de luz y esplendor, cuando entraremos en el aula espléndidamente iluminada del banquete mesiánico en el Monte Santo. Será un banquete por todos los pueblos, por los escogidos de los cuatro vientos, cuando los ángeles, los segadores, segarán la tierra y recogerán la cosecha de los frutos de la tierra en los graneros del Señor. Será el día de la vendimia de la tierra. En este día, el Hijo del Hombre, sentado en una nube, con una corona de oro en su cabeza, vendimiará los racimos de la tierra con su hoz aguda y pondrá sus uvas en el gran lagar. Segará la mies de la tierra porque sus uvas estarán maduras (cf. Apc 14, 14-20).

Esperamos ahora, sobre todo al fin del año litúrgico y durante Adviento, este día de la gran cosecha, de la recolección de los frutos de la tierra, este día del banquete mesiánico en el Monte Santo por todos los pueblos. En este día, “vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos” (Mt 8, 11). “Porque vendrán del oriente y del occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios” (Lc 13, 29). “Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre” (Mt 13, 43).

¿Cómo será este gran día? Todo estará iluminado. La muerte será destruida, y viviremos en el esplendor de Dios. Lo veremos tal como él es. “Amados —dice san Juan— ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Jn 3, 2). Estamos ahora en el proceso de ser transformados por el poder de Cristo en su misma imagen. Este proceso será cumplido en este último día de esplendor y luz.

Esto es el gran proyecto de nuestra vida —el ser transformados y divinizados para vivir en el esplendor de Cristo, aun ahora, y despedir rayos deslumbrantes de esta luz a

todos los que encontramos, y así prepararnos para la gran vendimia de la tierra y el banquete escatológico en el Monte Santo para todos los pueblos en el último día.

Esperamos este día ansiosamente, porque allá en el Monte Santo, en el aula iluminada del banquete llena de alegres convidados, es nuestra ciudadanía verdadera. Pero tenemos que estar preparados y transformados para este día. San Pablo nos dice: “Mas nuestra *ciudadanía* está en los *cielos*, de donde también *esperamos* al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual *transformará* el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” (Fil 3, 20-21).

Si nuestra ciudadanía está allá en este monte santo, debemos anhelar estar allá; y debemos vivir allá ahora en espíritu. Nuestro corazón debe estar allá con Cristo, como una muchacha enamorada, cuyo novio está lejos en el ejército en otro país, vive en espíritu, en su corazón, en el país donde está su novio. Así debe estar nuestro corazón en este Monte Santo, en el banquete mesiánico. Jesús nos enseñó esto cuando dijo: “No os hagáis tesoros en la *tierra*, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el *cielo*, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro *tesoro*, allí estará también vuestro *corazón*” (Mt 6, 19-21). Si nuestro *tesoro* está en el Monte Santo, en la vendimia de los racimos de la tierra, en la gran cosecha final, en la recolección de los frutos de la tierra en el último día, entonces allí también estará nuestro *corazón*. Y si nuestro corazón está allá, nuestra manera de vivir será distinta de los que no tienen su corazón y su tesoro tan radicalmente colocados en el cielo.

Debemos anhelar este día de esplendor y luz cuando beberemos vino nuevo con Cristo en el Reino de su Padre, porque Jesús nos prometió, diciendo: “desde ahora no beberé más de este fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre” (Mt 26, 29).

¿Cómo será este día, bebiendo vino nuevo con Cristo en el Reino del Padre? Anticipamos este gran día de esplendor y luz cada vez que celebramos la Eucaristía. En la bendición del agua, al comienzo de la Misa, rezamos que “por la celebración de esta eucaristía, seamos dignos de participar en el banquete de su reino”. En el banquete de la Misa, nos unimos con Cristo y con todos los fieles en el cielo y en la tierra y así anticipamos este gran día de luz, porque Cristo está presente en nosotros, resplandeciendo en nuestro corazón, llenándonos de su amor, y uniéndonos espiritualmente con todo creyente.

Somos, pues, como los alegres convidados al banquete de las bodas del hijo de un gran rey. Este rey, que es Dios, quiere que su casa se *llene* de convidados alegres. Por lo tanto dijo a su siervo: “Vé pronto por las plazas y las calles de la ciudad, y trae acá a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos. Y dijo el siervo: Señor, se ha hecho como mandaste, y *aún hay lugar*. Dijo el Señor al siervo: Vé por los caminos y por los vallados, y *fuérganlos* a entrar, para que se *llene* mi casa” (Lc 14, 21-23). Esto es lo que quiere este rey —una casa llena, hasta desbordarse de alegría, regocijo, y luz con una gran multitud disfrutando de sus bienes, regocijándose los unos con los otros en amor y alegre conversación, comiendo y bebiendo la comida succulenta y el vino refinado que él ha preparado para ellos. Y, al fin, Jesús dice: “Y entró el rey para *ver* a los convidados” (Mt 22, 11), todos vestidos de gala. Dios quiere ver nuestra alegría en su casa de banquete. Nuestro gozo es su gozo.

Para esto, tenemos que *prepararnos ahora*, para que *no* seamos como el hombre que entró en el aula del banquete no preparado y no vestido apropiadamente para las bodas. “Y entró el rey para *ver* a los convidados, y vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda. Y le dijo: Amigo, ¿Cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda? Mas él enmudeció. Entonces el rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadle en las tinieblas de afuera; allí será el llanto y el crujir de dientes. Porque muchos son llamados, y pocos escogidos” (Mt 22, 11-14).

¡Qué importante, entonces, es estar *preparados* ahora para este gran banquete! *Ahora* es el tiempo de preparación, transformación, y divinización, para que cuando venga aquel día, estaremos *preparados* y vestidos de boda, y para que podamos también disfrutar *aun ahora* de algo del esplendor de este gran día final. Tenemos que estar *preparados ahora* para la alegría y luz de aquel día, porque no sabemos la hora de la venida de nuestro Señor. Por eso Jesús nos dijo: “Mirad, velad y orad; *porque no sabéis cuando* será el tiempo” (Mc 13, 33). Jesús quiere que vivamos en un estado continuo y constante de vigilancia. No hay ocasión en que podemos relajar nuestra vigilancia. Cuando él venga, él debe encontrarnos en vela, anhelando su venida. Debemos estar en un estado alegre de expectativa. “Velad, pues —dijo Jesús—, *porque no sabéis cuándo* vendrá el Señor...; si al anoecer, o a la medianoche, o al canto del gallo, o a la mañana; para que cuando venga de repente, no os halle durmiendo. Y lo que a vosotros digo, a *todos* lo digo: Velad” (Mc 13, 35-37).

Es por *ello* que Jesús *no* nos reveló ni el día ni la hora de su venida, para que cada creyente de cada generación lo esperase en *su propio* día, y pasara su vida en alegre expectativa y activa preparación, siempre separándose más de las cosas mundanas y de un estilo mundano de vivir, purificándose siempre más de este mundo, para vivir cada día más con su corazón en el cielo con Cristo, despojado de los gozos de la tierra. Así estará tanto más pegado a Dios en todo, anhelando la patria de su ciudadanía verdadera, y viviendo para esto. Esta esperanza hará su manera de vivir distinta de los demás que no tienen esta esperanza. Así él será una luz en las tinieblas para los demás (Mt 5, 14-16; Fil 2, 15).

Cuanto más desapegados del mundo estamos, tanto más podemos vivir en este encanto con nuestro corazón en el cielo junto con nuestro tesoro, que es Cristo. Y también cuanto más vivimos en este encanto de alegre expectativa, tanto más queremos ser desapegados de este mundo y de sus placeres engañosos que nos roban el verdadero gozo en Dios. Y *para que* estemos siempre en ansiosa expectativa y vigilancia constante —que es el estado normal de un cristiano verdadero— él *no* nos reveló la fecha de su venida. Dijo: “Pero de aquel día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre” (Mc 13, 32). Hizo así para que viviéramos siempre en el encanto santo de la esperanza, lejos de los estilos y placeres del mundo.

Así debe vivir el cristiano en *fe*, *amor*, y *esperanza*, las tres virtudes teologales que dirigen nuestra vida. La *fe* es el fundamento de todo. El *amor* es la experiencia del esplendor de Dios en el corazón. Y la *esperanza* es la perspectiva en que vivimos, siempre anhelando *más*, siempre dirigiéndonos al *cumplimiento* de lo que ya hemos experimentado de su amor.

Así, pues, debemos tener nuestros lomos ceñidos y nuestras lámparas encendidas, como nos dijo Jesús: “Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas; y

vosotros sed semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese de las bodas, para que cuando llegue y llame, le abran en seguida” (Lc 12, 35-36).

Vivimos ahora en los tiempos mesiánicos, en los tiempos del *cumplimiento* de las profecías, pero también anhelamos el tiempo de su realización manifiesta, cuando “los montes destilarán mosto, y los collados fluirán leche” (Joel 3, 18). En aquel día “el que ara alcanzará al segador, y el pisador de las uvas al que lleve la simiente; y los montes destilarán mosto, y todos los collados se derretirán” (Amós 9, 13).

¡Qué bueno es meditar sobre estas cosas! San Agustín dijo que nada ahuyentó tan efectivamente de él los pensamientos mundanos que la meditación sobre la venida del Señor y el juicio final. Esta meditación sobre las últimas cosas resultará en que no querremos meternos más en las cosas mundanas, para no romper el encanto en que vivimos ahora en esperanza.

Seguramente esto no quiere decir que todos tienen que abandonar el mundo de la misma manera radical como lo hacen los monjes. Cada uno tiene su vocación y su contribución para mejorar el mundo, y aun el monje ayuda el mundo al abandonarlo. Pero quiere decir que vivimos en un nivel más profundo, más centrado, más real, en un amor más espléndido y con una esperanza más vívida y bella que los que no tienen la fe.

## II

# LOS ÁNGELES Y EL FIN DEL MUNDO

¿Por qué anhelamos la Parusía de nuestro Señor Jesucristo con sus santos ángeles, cuando él vendrá sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria? Anhelamos esto porque así somos hechos por Dios para esta gloria. Esta gloria, que se manifestará en gran luz con todos los santos y ángeles en el último día, será el cumplimiento y la consumación de todos los deseos de nuestro ser.

Los santos ángeles son los primeros en recibir los rayos deslumbrantes del esplendor de Dios, porque ellos son los seres más semejantes a Dios, siendo, como él, espíritus puros, sin cuerpos, y con inteligencias más fuertes que nosotros. Ellos también viven en el cielo con Dios, y ven a Dios como él es en su gloria inefable. Ellos son como las águilas que vuelan sin esfuerzo con sus grandes alas y se elevan más arriba que las cumbres de las montañas y son así los primeros a estar iluminados por el sol, mientras que aquí abajo somos todavía en las sombras de las montañas.

Así son los ángeles y arcángeles. Los espléndidos rayos de gloria despedidos de Dios tocan a ellos antes que a nosotros. Así ellos son deslumbrados primero y más fuertemente que nosotros por este esplendor, porque están más cerca de Dios. Pero después de ser irradiados por el esplendor divino, ellos por turno reflejan este esplendor a nosotros, como dice el gran Dionisio el areopagita en su libro, *La Jerarquía Celestial*. Por lo tanto, anhelamos compartir con ellos este esplendor en que ellos viven siempre, nunca dejando de calentarse en el resplandor que viene de Dios, aun cuando están enviados a llevar mensajes a los hombres. Nunca dejan la presencia de Dios, nunca dejan de contemplar el esplendor de su rostro. Para ellos, la contemplación y la acción no son opuestas la una a la otra; y en esto, ellos son modelos para nosotros.

Aun cuando hacemos nuestro *trabajo*, debemos —como los ángeles— *continuar contemplando* la belleza de Dios, *calentándonos* en su esplendor y magnificencia. Así somos iluminados como los ángeles, reflejando el mismo esplendor divino que ilumina a ellos primero con más poder. Queremos, por eso, imitarlos y compartir con ellos; y un día entrar con ellos en la plenitud de la gloria de Cristo, y así estar siempre en su gloria, absorbiéndola, embriagados por su esplendor.

Así, pues, cuando decimos que queremos armar nuestra tienda en las cimas de la luz y permanecer allá en las alturas, en las cumbres iluminadas, calentándonos en el resplandor de Dios, que tanto nos ilumina y regocija, lo que, de veras, anhelamos es ser como los ángeles, imitarlos más, y compartir con ellos la claridad en que viven, esclarecidos por la refulgencia divina. Queremos nosotros también vivir en este fulgor, en esta fúlgida luz, en esta claridad fulgurante en que los ángeles viven con Dios. Es muy bien que

anhelamos este esplendor y luz, porque para esto fuimos creados; y podemos experimentarlo aun ahora en la contemplación y en una vida moderada y recogida, silenciosa y solitaria.

Por eso debemos vivir una vida disciplinada. Es por ello que los monjes practican la contemplación, y trabajan en silencio y recogimiento. Viven, o tratan de vivir, una vida angélica. La vida monástica ha sido considerada tradicionalmente la vida angélica, una vida vivida en imitación de los ángeles, que aun en su trabajo como mensajeros a los hombres nunca dejan el esplendor de la presencia de Dios, como dice san Gregorio Magno. Y no sólo los monjes, sino también *todo* cristiano está invitado a vivir una vida angélica, una vida en imitación de los ángeles, cuanto pueda.

Para vivir así, como los ángeles, en las cimas de la luz con Dios, tenemos que ser purificados, vaciados de otras cosas, intereses, e imágenes. Tenemos que vivir en soledad y silencio, recogidos en la esperanza de las buenas cosas que van a ser reveladas a nosotros, y en el encanto del amor divino. No debemos romper este encanto. Tenemos que guardarlo celosamente, evitando todo lo que lo romperá. Así viviremos la vida de los ángeles, una vida angélica, una verdadera vida monástica. Y los laicos deben tratar de seguir estos principios monásticos como pueden.

Así debemos extender la alegría y la iluminación de nuestra contemplación durante todo nuestro día, trabajando calladamente en gran recogimiento y silencio, en modestia y moderación, sin movimientos gestos, o gritos abruptos. Así vivimos, aun ahora, como los ángeles en la cercanía de Dios. Dice san Pablo: “Vuestra *moderación* sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca” (Fil 4, 5). Así viviremos todo el día en la cercanía de Dios, regocijándonos en su luz y esplendor que regocija nuestro corazón e ilumina todo nuestro ser, todo nuestro día. Así viven los ángeles —su trabajo, como dice san Gregorio Magno, *no* los separa de Dios, ni disminuye su contemplación, más bien extiende esta contemplación, que continúa en medio de su trabajo como mensajeros a los hombres.

Debemos, pues, anhelar vivir *ahora* una vida angélica, y en la Parusía, entrar en la plenitud de la luz y vida de todos los ángeles. Y ¿cómo será este gran día de luz? En este día, se tocará la trompeta final de Dios. Un ángel tocará esta trompeta final, y entonces todos seremos transformados. En este día veremos “al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria. Y enviará a sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro” (Mt 24, 30-31). Esta gran voz de trompeta inaugurará la consumación de nuestro ser en la gloria de Dios, para que vivamos una vida angélica más perfecta aún. Así podremos, como los ángeles ahora, recibir los primeros rayos de la gloria, de la luz dorada como la de la aurora, en nuestras alas, como lo hacen las águilas que vuelan a tanta altitud. Entonces seremos como los ángeles, viviendo en la intimidad de Dios, llenos de su gloria, despidiendo rayos de luz como un cristal de roca, resplandeciente en el sol de mediodía.

Todo esto sucederá cuando el ángel tocará la *trompeta final* de Dios, marcando la venida en gloria de nuestro Señor Jesucristo. “Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con *trompeta* de Dios, descenderá del cielo” (1 Ts 4, 16). Y esto será “cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder” (2 Ts 1, 7). ¿No podemos imaginar esta escena ahora? ¿No podemos ver el ángel con la

*trompeta* de Dios en su mano, levantándola a su boca, volando en el cielo, notificando a todos con esta gran voz, que ya viene la luz en todo su esplendor?

Debemos vivir iluminados con alegría, *ahora en el presente*, por esta gran esperanza. Esta luz no es sólo para el futuro. Esta esperanza nos ilumina con esplendor *aun ahora*. Una vida sin esperanza es una vida triste. Pero nosotros tenemos esta gran *esperanza* que nos regocija *ahora*, y que *resplandece ahora* en nuestros corazones. Vivimos la vida angélica ahora, y anhelamos su consumación a la trompeta final del arcángel anunciador. Y entonces “seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta...” (1 Cor 15, 51-52). Entonces resplandeceremos como el sol en el reino de nuestro Padre. Y sabemos esto porque Jesús nos dijo que cuando los ángeles, que son los segadores, vienen para segar la tierra, “Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre” (Mt 13, 43). Entonces resplandeceremos como los ángeles en el resplandor de Dios.

Cuando Jesús vuelve, vendrá con sus ángeles, como dijo: “Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria” (Mt 25, 31). Y también dijo: “el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras” (Mt 16, 27).

Pero puesto que no sabemos cuándo él vendrá, tenemos que estar *siempre preparados*. Nuestra vida ahora es nuestra preparación para el día cuando se tocará la trompeta final de Dios y se oirá la voz del arcángel. Vivamos, pues, una vida disciplinada y *preparada* en espera de todo esto.

### III

## LAS PROFECÍAS MESIÁNICAS

Las profecías mesiánicas también pueden ayudarnos en nuestra preparación para el Mesías, para que vivamos en su esplendor, en su reino mesiánico, en el reino de Dios en la tierra, en la paz celestial, que Cristo vino a traer a los hombres. Así cantaron los ángeles en su nacimiento: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad!” (Lc 2, 14). Notamos que cuando los ángeles dijeron esto, la gloria del Señor los rodeó a los pastores de resplandor. Dice san Lucas: “Había pastores en la misma región, que velaban y guardaban las vigilias de la noche sobre su rebaño. Y he aquí, se les presentó un ángel del Señor, y la gloria del Señor los rodeó de resplandor; y tuvieron gran temor” (Lc 2, 8-9). Los ángeles aparecieron a los pastores en gran esplendor, que resplandeció sobre los pastores, rodeándolos de fulgor, y su mensaje fue un mensaje de paz celestial en la tierra a los hombres de buena voluntad.

Así los ángeles desearon a los hombres la paz del cielo en la tierra en el nacimiento del Mesías, el Hijo de Dios. Por ello él vino a la tierra, para traernos la paz del cielo y para rodearnos de esplendor, de la gloria de Dios. Dios quiere que vivamos en este esplendor, que nuestra contemplación sea rodeada de gloria, que compartamos la gloria de los ángeles, y que vivamos en el reino de los cielos en la tierra.

Este reino celestial está creciendo en la tierra ahora. Jesús lo inauguró con su nacimiento; y será cumplido y gloriosamente manifiesto en su Parusía. Las profecías mesiánicas nos ayudan a entender mejor y vivir más concientemente, aun ahora, en este reino de esplendor y amor divino. Isaías nos dice que en los días del Mesías “Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará. La vaca y la osa pacerán, sus crías se echarán juntas; y el león como el buey comerá paja... No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento del Señor, como las aguas cubren el mar” (Is 11, 6-9).

¿Quieres vivir en este bello reino de paz, donde “la tierra será llena del conocimiento del Señor, como las aguas cubren el mar”? ¿Quieres vivir en este esplendor, donde Dios habita entre los hombres? ¿Quieres vivir en el reino de Dios en la tierra? ¿Quieres vivir en este amor de Dios y del prójimo? Entonces, tienes que vivir como los ángeles. Tienes que vivir una vida angélica, rodeada de resplandor. Cristo nos trae este esplendor. Él resplandece en nuestros corazones con su gloria, su luz, y su amor (2 Cor 4, 6). Debemos *permanecer en su amor* (Jn 15, 9). Debemos vivir en su gloria, como los ángeles que nunca salen de su presencia, que siempre contemplan su gloria. Debemos, como ellos, extender esta espléndida contemplación de su gloria durante todo nuestro día, en todo

nuestro trabajo. Con Cristo habitando en nuestro corazón, podemos vivir como una vaca y una osa juntos, como un lobo y un cordero en paz y amor.

Cristo nos ilumina por dentro, y podemos irradiar esta iluminación a nuestro prójimo, y así seremos como un león, un becerro, y un buey, viviendo juntos, con un niño pastoreándonos (Is 11, 6), viviendo en paz, en el esplendor del amor divino que quema nuestros corazones. Este esplendor nos transforma y diviniza, y nos pone en el reino de los cielos aquí en la tierra. Así traemos la paz del cielo a la tierra. Así estamos dentro del reino de los cielos creciendo en la tierra, transformándola, divinizándola, y cambiándola en el reino de Dios.

¿Quién es este Mesías que trae tanto esplendor a la tierra y que lo da a los hombres? El salmo 109 nos dice sobre él: “Eres príncipe desde el día de tu nacimiento, entre esplendores sagrados; yo mismo te engendré, como rocío, antes de la aurora” (Sal 109, 3). El Mesías es príncipe desde su nacimiento; y Isaías dice que es el “Príncipe de Paz”: “y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz” (Is 9, 6). Y sobre la paz que él traerá a la tierra, Isaías dice: “Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite...” (Is 9, 7). El Mesías traerá a la tierra un reino universal de paz celestial, una paz sin límite, y un imperio y señorío sin fronteras.

Su nacimiento será “entre esplendores sagrados” y su generación “como el rocío, antes de la aurora”. Será engendrado eternamente, desde toda la eternidad en “esplendores sagrados”, en la noche de la eternidad. Así el Padre lo engendró, en esplendor, como la primera emanación que salió de Dios, la luz primordial y primeva, que fue coeterna con el Padre. Así será el Mesías que los judíos esperaban, el “Príncipe de Paz”, “príncipe desde el día de su nacimiento”, el Hijo de Dios, que traerá la paz celestial a la tierra.

Y ¿cómo será este Mesías? El salmo 71, un salmo mesiánico, nos ayudará a entender mejor al Salvador, a quien los judíos esperaban, y a quien nosotros también queremos ver más íntimamente, para vivir mejor en el reflejo de su esplendor y gloria. Dice el salmo 71: “Será su nombre para siempre, se perpetuará su nombre mientras dure el sol. Benditas serán en él todas las naciones; lo llamarán bienaventurado” (Sal 71, 17). Él será una bendición en la tierra. Él traerá a la tierra el esplendor que los ángeles contemplan en el cielo, para iluminarnos a nosotros como los ángeles son iluminados por su espléndida y fúlgida luz en el cielo. Por ello vino a la tierra, por ello habitó entre nosotros el que es la luz del universo. Y “vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad”. Y “de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia” (Jn 1, 14.16). Por eso su nombre será bendito para siempre, y durará como el sol (Sal 71, 17).

Él será un rey universal, dice este salmo. Y “Benditas serán en él *todas* las naciones” (Sal 71, 17). Su señorío incluirá *todas* las naciones. Él será un rey pacífico sobre *toda* la tierra. “Florecerán en sus días justicia, y muchedumbre de paz, hasta que no haya luna” (Sal 71, 7), es decir: para siempre. Si estamos en su reino, si estamos unidos a él, viviremos en este reino pacífico, donde mora el lobo con el cordero, y el león con el buey, y la osa con la vaca. Viviremos en este reino pacífico en el esplendor y gran amor de Dios. Su amor llenará nuestro corazón, y reflejaremos este amor, en el cual vivimos, a nuestro prójimo. Amaremos a Dios en nuestro prójimo; y si es como un león, será como un buey para nosotros, un buey que come paja. Así unidos a este Mesías pacífico, viviremos en este reino universal de paz, el reino de Dios en la tierra. Esta paz durará para siempre, “hasta que no haya luna” (Sal 71, 7). Y su poderío será sobre la tierra

entera. Todos lo reconocerán como el Príncipe de Paz. Y el imperio será sobre su hombro, y “Dominará de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra” (Sal 71, 8).

Su trono será para siempre: “Para siempre confirmaré tu descendencia, y edificaré tu trono por todas las generaciones” (Sal 88, 4). “Asimismo pondré su mano sobre el mar, y sobre los ríos su diestra... Pondré su descendencia para siempre, y su trono como los días de los cielos... Su descendencia será para siempre, y su trono como el sol delante de mí. Como la luna será firme para siempre, y como un testigo fiel en el cielo” (Sal 88, 25.29.36-37). Su trono estará en el cielo para siempre, y él reinará soberano sobre toda la tierra. Así será el Mesías. Así es el comienzo de su espléndido reino, en el cual vivimos ahora. Su dominio será universal. Él vencerá los corazones con su amor y los llenará de su esplendor. “Te temerán mientras duren el sol y la luna, de generación y generación. Descenderá como la lluvia sobre la hierba cortada; como el rocío que destila sobre la tierra” (Sal 71, 5-6). Él debe ser el centro de todas las cosas y de toda persona. Todos deben someterse a él, y obedecerlo perfectamente. Esto es lo que quiere decir temerlo “mientras duren el sol y la luna”: Obedecerlo siempre. Y cuando habremos hecho esto, él será nuestro rey, y nos hallaremos viviendo en su reino pacífico y universal para siempre, un reino sin límite, un día sin ocaso. ¡Qué importante, entonces, es obedecerlo perfectamente!

Todos deben adorarlo. En la adoración de él es nuestra transformación en su imagen (2 Cor 3, 18). Adorándolo a él, su divinidad nos diviniza a nosotros. Nos entra y nos ilumina por dentro. Somos así transformados en el esplendor divino que contemplamos. El Salmo 71 dice sobre este Mesías: “Ante él se postrarán los moradores del desierto, y sus enemigos lamerán el polvo. Los reyes de Tarsis y de las costas traerán presentes; los reyes de Sabá y de Seba ofrecerán dones. Todos los reyes se postrarán delante de él; todas las naciones le servirán... Vivirá, y se le dará del oro de Sabá” (Sal 71, 9-11.15). Así será el Mesías, adorado por los reyes de la tierra, quienes le traerán oro y cosas preciosas. Los reyes del desierto le traerán dones, y vendrán a postrarse delante de él y adorarlo. Se ofrecerán a él, como sus servidores, aunque ellos mismos son reyes. Le traerán los bienes del desierto. La cosa más magnífica que tienen —el oro— le presentarán. Y ofreciéndose así, ellos mismos serán transformados y divinizados. Le traerán del esplendor del desierto —oro puro y especias aromáticas, llenas de aroma— y él les dará de su propio esplendor divino, para que ellos puedan disfrutar de su espléndida luz y vida divina.

Isaías dice: “Y andarán las naciones a tu luz, y los reyes al resplandor de tu nacimiento... Multitud de camellos te cubrirá: dromedarios de Madián y de Efa; vendrán todos los de Sabá; traerán oro e incienso, y publicarán alabanzas del Señor” (Is 60, 3.6). Así será el Mesías en el día de su manifestación. Recibirá el homenaje de los reyes del desierto. Vendrán con sus camellos y los dromedarios de Madián y de Efa. Vendrán de Sabá con oro e incienso, publicando las alabanzas del Señor, adorándolo como Dios, y volviendo a sus países con júbilo de espíritu por haber visto al Mesías, al Rey pacífico, al Salvador del mundo, al Rey de un señorío sin límite y para siempre.

Serán santificados por haber venido tan cerca de Dios en la tierra. Sus vidas serán cambiadas, nunca más lo mismo, llenas ya del amor divino. Habrán visto el comienzo del reino de los cielos en la tierra. Han visto al Rey de un reino universal de luz y esplendor que cubrirá la tierra entera y durará para siempre. Nadie puede verlo y

adorarlo así con fe, amor, y esperanza sin ser cambiado y transformado, llenado de esplendor, y divinizado. Nadie puede adorarlo, como ellos lo hicieron, sin rebosar hasta desbordarse en el amor de Dios, porque su reinado es un reinado del amor divino, en que uno vive de este amor, y por este amor, y para este amor; y lo comparte con su prójimo. Y la tierra entera será llena de su gloria. Él vino para traer el esplendor de Dios a la tierra, para que vivamos en su fúlgida luz.

Toda esta profecía fue cumplida en el nacimiento de Jesús, el Mesías, en Belén, la ciudad de David. El Ángel Gabriel anunció a María que dará a luz un hijo que “reinará sobre la casa de Jacob *para siempre*, y su reino no tendrá fin” (Lc 1, 33). Este será el Príncipe de Paz, cuyo “imperio y la paz no tendrán límite” (Is 9, 7). Vivimos ahora en este reino universal de paz. *Si lo recibimos en nuestro corazón, si lo adoramos, si vivimos sólo para él, si renunciamos a todo lo demás, viviremos en este reinado de paz*, donde mora el lobo con el cordero, el león con el buey, y la vaca con la osa; viviremos en un reinado de paz en la tierra entre los hombres de buena voluntad. Jesús nació para traer esta paz a la tierra, para transformar la tierra en el reino de Dios, para transformar los corazones de los hombres, y llenarlos del amor divino y de esplendor. Él quiere que contemplemos su esplendor, y así vivir en su fúlgida luz, transformados en su luz, divinizados por su luz.

Y aun vemos en su nacimiento que los moradores del desierto, los reyes de Sabá y de Seba vienen con sus dones y se postran delante de él, y que él fue dado del oro de Sabá, y que los de Madián, Efa, y Sabá le trajeron oro e incienso: Y “vinieron del oriente a Jerusalén unos magos, diciendo: ¿Dónde está el *rey* de los judíos, que ha nacido? Porque su estrella hemos visto en el oriente, y venimos a adorarlo... Y al entrar en la casa, vieron al niño con su madre María, y postrándose, lo adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra” (Mt 2, 1-2.11). Estos moradores del desierto se postraron y le ofrecieron oro e incienso, como fue profetizado por el salmista y por Isaías. Y él es el Rey de reyes y el Señor de señores, el Señor de la vida, el Rey Pacífico, el Mesías que vino del Padre para traer su esplendor a la tierra.

Él vive *siempre* en el esplendor del Padre, cubierto de gloria en el seno del Padre. Y el Padre lo envió a la tierra para introducirnos a nosotros en este mismo esplendor, para que contempláramos este esplendor y viviéramos en este fulgor, sumergidos en esta gloria. Y Jesús dijo: “La *gloria* que me diste, yo les he *dado* [oh Padre]” (Jn 17, 22). Y “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que *contemplan* mi *gloria* que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo” (Jn 17, 24). Él nos dio su propia *gloria* en que vive con el Padre desde siempre y para siempre, y que nunca dejó, aun cuando estaba habitando entre nosotros en la tierra. Él nos dio su propio esplendor con el cual el Padre lo cubre; y él quiere que *contemplemos* esta *gloria*, este esplendor, hasta que seamos nosotros también espléndidos con su luz, resplandecientes, luminares en el mundo (Fil 2, 15), capaces ahora para iniciar a otros también en la misma fulgida luz, en la cual vivimos nosotros.

Así somos elevados y hechos radiantes, ya capaces para iluminar a los demás con la iluminación con que nosotros somos iluminados. Y podemos introducir a los demás en esta gloria y esplendor de Jesucristo, el Mesías, que vino para iluminar la tierra entera. Y Jesús dijo: “*Permaneced* en mi *amor*” (Jn 15, 9). Su amor es el esplendor trinitario, el amor que une el Padre al Hijo. Dijo Jesús: “Como el Padre me ha amado, así también yo

os he amado; *permaneced* en mi amor” (Jn 15, 9). Él quiere que *permanezcamos* en este amor, en este esplendor, en este reino de paz universal, donde mora el lobo con el cordero. Él es nuestro Príncipe de Paz. “...su trono es como el sol delante de mi. Como la luna será firme para siempre, y como un testigo fiel en el cielo” (Sal 88, 36-37). “Florecerá en sus días justicia, y muchedumbre de paz, hasta que no haya luna. Dominará de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra” (Sal 71, 7-8).

Otro salmo profetizó los días del Mesías así: “El Señor ha hecho notoria su salvación; a vista de las naciones ha descubierto su justicia. Se ha acordado de su misericordia y de su verdad para con la casa de Israel; *todos los confines de la tierra han visto la salvación de nuestro Dios*” (Sal 97, 2-3). Ahora su salvación es manifiesta sobre toda la tierra. Todos ahora pueden entrar en el reino pacífico del Príncipe de Paz, en el reino de los cielos en la tierra, en este reino universal y sin límite de paz celestial en la tierra que durará para siempre, un espléndido reino del amor divino, y de luz resplandeciente.

Este es el reino de Emmanuel, Dios-con-nosotros, Dios en medio de su pueblo, Dios que resplandece en nuestros corazones (2 Cor 4, 6). En él “La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron. La verdad brotará de la tierra, y la justicia mirará desde los cielos. El Señor dará también el bien, y nuestra tierra dará su fruto” (Sal 84, 10-12). Por eso “Rociad, cielos, de arriba, y las nubes destilen la justicia; ábrase la tierra, y prodúzcanse la salvación y la justicia; háganse brotar juntamente” (Is 45, 8).

## IV

### EL FIN DEL MUNDO

Esperamos el fin del mundo. Esta esperanza nos sacude fuera de nuestra mediocridad, y nos da ganas de reformar nuestra vida y empezar una vida vigilante y llena de alegre expectativa, que vela ansiosamente en la noche, una vida de ayuno y abstinencia, de oración y renuncia del mundo y de sus placeres. La doctrina de Jesús sobre el fin del mundo es importante por todas estas razones. Él quiso que viviéramos en este estado de expectación y preparación constante. Él quiere que estemos siempre preparados y llenos de alegre esperanza por su venida, que será precedida por signos prodigiosos en el sol, la luna, y las estrellas.

Entonces vendrá el Hijo del Hombre. Y “como el relámpago que al fulgurar resplandece desde un extremo del cielo hasta el otro, así también será el Hijo del Hombre en su día” (Lc 17, 24). “Porque como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre” (Mt 24, 27). Es para esto que esperamos, para este relámpago en la noche que iluminará todo el cielo, resplandeciendo con su fulgor desde un extremo del cielo hasta el otro, del oriente hasta el occidente. Así será la venida de Jesucristo en su gloria, sobre las nubes del cielo, con todos sus ángeles y santos. ¡Que él nos encuentre preparados cuando venga! *Toda nuestra vida ahora* debe ser nuestra preparación para esta hora de gloria y esplendor.

Y entonces serán grandes señales en el cielo (Lc 21, 11). Todo cambiará y tendrá un nuevo aspecto. Las estrellas caerán del cielo sobre la tierra como caen las hojas de la parra o de una higuera (Rev 6, 13-14), y los cielos serán conmovidos y desvanecerán como un pergamino que se enrolla (Rev 6, 13-14; Is 34, 4). Dice Jesús sobre estos signos y prodigios en el cielo en los últimos días: “y habrá terror y grandes señales del cielo... Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas; desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra; porque las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria. Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca” (Lc 21, 11.25-28). Debemos vivir para estos días, y aun vivir *en* estos días en espíritu, esperando al Hijo del Hombre, viniendo en una nube con poder y gran gloria. Ahora, pues, es el tiempo para levantar nuestras cabezas y estar preparados.

Estas imágenes fuertes que Jesús usa y que vienen también de las profecías del Antiguo Testamento pueden sacudirnos y darnos un susto que puede despertarnos de nuestro sueño y complacencia con nosotros mismos, y hacernos querer comenzar una vida verdaderamente nueva y de perfección que deja todo lo demás y sigue sólo a Cristo en este mundo. Es por eso que Jesús nos dio esta doctrina.

¿Cómo será cuando las estrellas caerán del cielo “sobre la tierra” (Apc 6, 13) y el mismo cielo se enrolla como un pergamino (Apc 6, 14; Is 34, 4)? Isaías profetiza estos días, diciendo: “Y todo el ejército de los cielos se disolverá, y se enrollarán los cielos como un libro; y caerá todo su ejército, como se cae la hoja de la parra, y como se cae la de la higuera” (Is 34, 4). Estas grandes señales sucederán para asustar a los hombres, para llevarlos al arrepentimiento y a la conversión. Y aun el meditar sobre el fin del mundo puede tener el mismo efecto en nosotros. Por eso leemos y meditamos sobre estos textos cada año al fin del año litúrgico, durante el mes de noviembre —es el mes escatológico, el mes dedicado litúrgicamente a las últimas cosas: la muerte, el juicio final, el fin del mundo, y la segunda venida de nuestro Señor Jesucristo en las nubes del cielo con poder y gloria, con todos sus santos en gran luz. Es sobre todo durante este tiempo que desarrollamos la virtud teologal de esperanza.

Todas estas cosas que vemos ahora, terminarán, aun los cielos se enrollarán como un libro, y las estrellas caerán sobre la tierra. Sabiendo esto, vivamos, pues, aun ahora, sólo por Jesucristo, para estar con él en aquel día en su gloria.

San Juan describió una visión que tuvo de este día final, diciendo: “y el sol se puso negro como tela de cilicio, y la luna se volvió toda como sangre; y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento. Y el cielo se desvaneció como un pergamino que se enrolla” (Apc 6, 12-14). ¡Estrellas cayendo sobre la tierra, y el cielo enrollándose como un pergamino y desvaneciéndose! Seguramente en este día todo ojo será puesto en el Señor, y los que se han rebelado contra el Señor volverán a él. Otras cosas perderán su interés, y las cosas esenciales aparecerán. Los que se han dedicado a una vida de placeres realizarán en este gran día que hay una sola cosa necesaria —nuestra relación con Dios, nuestra relación de amor con Cristo.

En este gran día de señales y prodigios celestiales, cuando las estrellas caen sobre la tierra como higos de una higuera sacudida por un fuerte viento, seguramente los que han rechazado a Cristo se arrepentirán y se convertirán al Señor. Cuanto mejor, sabiendo que estas cosas sucederán, convertirnos ahora con más intensidad. Es por ello que Jesús nos enseñó estas cosas, esta enseñanza escatológica.

En la versión de san Mateo, Jesús dice: “E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo” (Mt 24, 29-30), que será como un relámpago deslumbrando todo el cielo, desde un extremo hasta el otro. Después de caer las estrellas sobre la tierra, vendrá en su gloria el Hijo del Hombre, y entonces enviará sus ángeles hasta los cuatro vientos con la trompeta de Dios. ¡Qué dramático será este gran día de terror y esperanza, un día para dejar todo lo demás y volver completa y exclusivamente al Señor!

Será un día para huir —huir de la ciudad hasta las montañas—, para empezar la vida de nuevo con el Señor, dejándolo todo para vivir sólo para él en amor y obediencia perfecta a su voluntad. Será como en el día de Lot, quien huyó a las montañas para escaparse con su vida de la destrucción de Sodoma. Lot se escapó con su vida porque conoció al Señor y huyó a las montañas —huyó del mundo en de su mundanidad. Génesis dice que los dos ángeles “asieron de su mano, y de la mano de su mujer y de las manos de sus dos hijas, según la misericordia del Señor para con él; y lo sacaron y lo

pusieron fuera de la ciudad. Y cuando los hubieron llevado fuera, dijeron: Escapa por tu vida; *no mires tras ti*, ni pares en toda esta llanura; escapa al monte... Entonces el Señor hizo llover sobre Sodoma y sobre Gomorra azufre y fuego... Entonces la mujer de Lot *miró atrás*, a espaldas de él, y se volvió estatua de sal” (Gen 19, 16-17.24.26). Escapar al monte, huir del mundo, huir de su mundanidad, sin mirar atrás —sólo así salvaremos la vida. Esto es la huida del mundo —la separación del mundo—, que es la base de la espiritualidad monástica.

Vivimos ahora en estos últimos tiempos. Ahora debemos huir a las montañas, huir del mundo, dejar el mundo y su estilo de vivir, huir de la vida de placeres, si queremos salvar nuestra vida. Debemos hacer como lo hicieron en los días de los Macabeos, cuando el rey de los griegos trató de forzar a los judíos a ofrecer sacrificios paganos. Entonces el judío Matatías rehusó ofrecer estos sacrificios ilegítimos, mató al enviado del rey, y destruyó el altar. “Luego, con fuerte voz, gritó Matatías por la ciudad: ‘Todo aquel que sienta celo por la Ley y mantenga la alianza, que me siga’. Y dejando en la ciudad cuanto poseían, *huyeron* él y sus hijos a las *montañas*” (1 Mac 2, 27-28). Debemos imitar su celo en estos últimos días, y huir del mundo mientras todavía haya tiempo.

Judas Macabeo, el hijo de Matatías, hizo la misma cosa cuando los griegos trataron de forzar a los judíos a violar su ley, que fue la ley de Dios. “Pero Judas, llamado también Macabeo, formó un grupo de unos diez y se *retiró al desierto*. Llevaba con sus compañeros, en las *montañas*, vida de fieras salvajes, sin comer más alimento que hierbas, para no contaminarse de impureza” (2 Mac 5, 27). Así debemos *huir* del mundo en su mundanidad, de una vida de placeres, en estos últimos días, y vivir sólo para el Señor, obedeciéndolo perfectamente, como lo hizo Matatías, y más tarde, su hijo Judas Macabeo.

Todo esto es para explicar que debemos hacer como lo hizo Lot, y *huir* de la ciudad pecaminosa de Sodoma, es decir del *mundo* en su mundanidad y rebeldía contra Dios, en estos últimos días, y no caer en el estilo mundano, en esta inacabable búsqueda de placer.

Y ¿qué dijo Jesús sobre todo esto? Dijo: “Asimismo como sucedió en los días de Lot; comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban; mas el día en que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre, y los destruyó a todos. Así será el día que el Hijo del Hombre se manifieste... Acordaos de la mujer de Lot” (Lc 17, 28-30.32). Estamos en estos días de vigilancia ahora, y Jesús nos dice: “Mirad, velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo” (Mc 13, 33). Es decir, debemos actuar como Lot, como Matatías, como Judas Macabeo, *ahora*, porque *estamos ahora en estos últimos días*.

Huyamos a las montañas ahora, y vivamos allá una vida nueva, separada del estilo de este mundo presente. Esto siempre fue la inspiración que siguieron los monjes, huyendo al desierto de una manera literal y radical. Pero de una manera u otra, esto es para *todos* los que quieren vivir una vida nueva en Cristo. Debemos *huir*, para escaparnos de estas cosas malas que vendrán, como dijo Jesús: “Velad, pues, en todo tiempo orando que seáis tenidos por dignos de *escapar* de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del Hombre” (Lc 21, 36). Y dice también: “Entonces los que estén en Judea, *huyan* a los *montes*; y los que en medio de ella, váyanse; y los que estén en los campos, no entren en ella” (Lc 21, 21).

Debemos también imitar a Noé, que edificó un arca para escaparse del castigo de Dios sobre el mundo. Sus vecinos olvidaron completamente a Dios. Por eso Noé, al mandato de Dios, se separó de ellos y edificó un arca durante muchos años. Al fin,

cuando entró en el arca para escaparse de todo lo que sucederá al mundo, el mundo no supo nada, sino que siguió con su estilo acostumbrado sin cambio alguno, y así todos fueron *destruidos*. ¿Qué dice Jesús sobre esto? Dice: “Como fue en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del Hombre. Comían, bebían, se casaban y se daban en casamiento, hasta el día en que entró Noé en el arca, y vino el diluvio y los destruyó a todos” (Lc 17, 26-27).

Debemos ser como Lot y Noé, huyendo del mundo y no mirando atrás como la mujer de Lot. Y ¿qué dijo Jesús sobre esto? Dijo: “Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios” (Lc 9, 6). Y “Mirad, velad y orad; porque no sabéis cuando será el tiempo” (Mc 13, 33). Este es el tiempo para poner la mano en el arado, y no mirar atrás, como lo hizo la mujer de Lot.

Este tiempo en que estamos ahora es el tiempo del *desprendimiento*, para ser *libres* para el Señor. Debemos desprendernos de todo lo que podemos, como hicieron los primeros discípulos: “y dejando luego sus redes, le siguieron” (Mc 1, 18). Estos últimos días en que vivimos ahora son el tiempo sobre todo de desprendimiento. Dijo Jesús: “En *aquel día*, el que esté en la azotea, y sus bienes en casa, no descienda a tomarlos; y el que en el campo, asimismo *no vuelva atrás*. Acordaos de la *mujer de Lot*” (Lc 17, 31-32). Cosas innecesarias, cosas mundanas, cosas de placer —de todas estas cosas debemos desprendernos, para estar listos y preparados, para vivir felices e iluminados en el Señor.

“Os digo que en aquella noche estarán dos en una cama; el uno será tomado, y el otro será dejado” (Lc 17, 34). Podemos estar muy cerca de otras personas, como estos dos hombres, haciendo todo junto, hasta el punto de que incluso duermen en la misma cama; pero uno será tomado para ir con Cristo, y el otro dejado aquí abajo. ¿Cómo, pues, podemos saber si seremos entre los que serán tomados, y no entre los que serán dejados? Exteriormente estos dos parecen iguales. Viven y trabajan juntos, incluso duermen juntos; pero uno será tomado, mientras que el otro dejado. *Parecen* iguales, pero sus vidas *no* son iguales, ni tampoco son iguales sus corazones. El uno vive una vida de amor intenso a Dios; mientras que el otro, no. Uno vive exclusivamente para Dios; mientras que el otro vive por sí mismo y para los placeres de este mundo. Uno vive una vida crucificada y resucitada; mientras que el otro vive una vida mundana. Uno vive una vida de amor divino y esperanza de gloria; mientras que el otro no sabe nada de esto, aunque viven juntos, e incluso duermen en la misma cama.

Y esto no sólo concierne varones, sino que mujeres también. “Dos mujeres estarán moliendo juntas; la una será tomada, y la otra dejada” (Lc 17, 35). ¿A cuál de ellas quieres tú asemejarte? ¿Qué tendrás que hacer para ser seguro que vas a ser como ella? ¿No sería muy bien vivir *sólo* para Dios para ser seguro de esto?

“Dos estarán en el campo; el uno será tomado, y el otro dejado” (Lc 17, 36). Esto es para todos. No excluye a nadie. Es tanto para personas sencillas que trabajan junto en el campo que para personas profesionales. Entre estas personas sencillas, uno será tomado, mientras que su compañero de trabajo será dejado atrás. ¿Por qué? ¿Qué diferencia hay entre estas dos aparentemente semejantes personas? El uno tiene su corazón encendido del amor a Dios y al prójimo, y se ofrece en sacrificio de amor a él, viviendo una vida crucificada a este mundo y resucitada en el esplendor del amor de Jesucristo. El otro, su compañero de trabajo, tiene sus ojos fijos siempre sólo en cosas terrenales. Él está entre los que san Pablo describe así: “son enemigos de la cruz de Cristo; el fin de los cuales

será perdición, cuyo dios es el vientre, y cuya gloria es su vergüenza; que sólo piensan en lo terrenal” (Fil 3, 18-19).

Y ¿qué tenemos que hacer para evitar ser encontrado dentro de esta última categoría de personas, y más bien ser contado con el primer hombre que fue tomado con Cristo en el último día? Otra vez es san Pablo que nos muestra el camino. Dice: “Haced *morir*, pues, lo *terrenal* en vosotros...habiéndoos *despojado* del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno” (Col 3, 5.9-10).

Tenemos que hacer *morir*, pues lo *terrenal* en nosotros. Y en esta conexión, dice Jesús: “Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de *glotonería* y embriaguez y de los *afanes de esta vida*, y venga de repente sobre vosotros aquel día. Porque como un lazo, vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de la tierra” (Lc 21, 34-35). ¡Debemos vivir una vida de renuncia, no una vida de glotonería y gula; una vida dedicada a Dios, no a nosotros mismos y a nuestros placeres!

Debemos conocer bien el tiempo. Estamos ahora en esto, en los últimos días. “Y esto, conociendo el tiempo, que es ya hora de levantarnos del sueño; porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos. La noche está avanzada, y se acerca el día. Desechémonos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz. Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidia, sino *vestíos del Señor Jesucristo*, y *no proveáis para los deseos de la carne*” (Rom 13, 11-14). Ahora “la noche está avanzada y se acerca el día” de la venida del Señor. Estemos, pues, en este proceso de preparación. “Velad, pues”, dice Jesús, “porque no sabéis cuando vendrá el señor de la casa; si al anochecer, o a la medianoche, o al canto del gallo, o a la mañana; para que cuando venga de repente, no os halle durmiendo” (Mc 13, 35-36).

## JUAN EL BAUTISTA Y LA VENIDA DEL SEÑOR

“En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de Judea Poncio Pilato, y Herodes tetrarca de Galilea, y su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, y Lisania tetrarca de Abilinia, y siendo sumos sacerdotes Anás y Caifás, vino palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Y fue por toda la región contigua al Jordán, predicando el bautismo del arrepentimiento para perdón de pecados, como está escrito en el libro de las palabras del profeta Isaías, que dice: Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor: Enderezad sus sendas. Todo valle se rellenará, y se bajará todo monte y collado; Los caminos torcidos serán enderezados, y los caminos ásperos allanados; y verá toda carne la salvación de Dios” (Lc 3, 1-6; Is 40, 3-5).

Juan fue enviado por Dios para preparar a su pueblo para la venida del Mesías, y por eso él nos ayuda a *nosotros* también a prepararnos para la venida del Señor. Así Juan el Bautista tiene una función permanente en la Iglesia y en la vida cristiana. Es nuestro profeta por antonomasia que nos ayuda a arrepentirnos y estar preparados para la venida del Señor.

Si queremos ver al Señor y vivir en su esplendor y luz, tenemos que estar *preparados*. Tenemos que vivir como Juan. Tenemos que ir como él, y con él, al desierto, y desprendernos de este mundo con su ruido, distracciones, atracciones, y tentaciones, para ser purificados allí, y vaciados de todos los placeres mundanos, para recibir al Señor en un corazón limpio, puro, y vacío. Juan preparó el camino del Señor en el *desierto, lejos del mundo. Sólo en el último año de su vida comenzó a predicar a las multitudes*, es decir, cuando él se sintió ya preparado y purificado, vacío de todo lo demás, y lleno de Dios, viviendo ya y calentándose en su esplendor y luz.

La *vida* de Juan es de *igual* importancia que su *predicación* para mostrarnos *cómo* preparar en el desierto el camino del Señor. Debemos hacer esto en el *desierto*, en la *soledad*, en el *silencio*, viviendo una vida austera, lejos del mundo. Allí el Señor se manifestará a nosotros en todo su esplendor, en su luz sin ocaso, porque el Señor es un día sin fin, un sol que no se pone jamás, aunque no lo experimentamos siempre de la misma intensidad. Pero para vivir en esta luz, necesitamos preparación, y purificación; y la vida de san Juan el Bautista nos da un ejemplo de lo que tenemos que hacer.

Y *¿cómo* fue su vida? Vivió una vida de austeridad en extremo. Su comida fue “langostas y miel silvestre” (Mc 1, 6). Y él se desprendió incluso de la ropa del mundo —de la ropa seglar—, y en efecto de toda ropa de tela, y se vistió de lo que fue fácil de conseguir en el desierto, vistiéndose de “pelo de camello, y tenía un cinto de cuero alrededor de sus lomos” (Mc 1, 6). Aun Jesús se refirió a su vestidura, diciendo: “¿Qué

salisteis a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? ¿O qué salisteis a ver? ¿A un hombre *cubierto de vestiduras delicadas*? He aquí, los que llevan vestiduras delicadas, en las casas de los reyes están. Pero, ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Sí, os digo, y más que profeta. Porque éste es de quien está escrito: He aquí yo envío mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti” (Mt 11, 7-10; Ex 23, 20; Mal 3, 1).

Seguramente no salieron a ver en el desierto “a un hombre cubierto de vestiduras delicadas”; y todos supieron que Juan no se vistió así, sino que de pelo de camello. Fue independiente de la sociedad. Vivía en el desierto y se vistió de lo que se encontró allá, lejos del mundo de los hombres. Y este tipo de vestido fue por ello típico de los profetas de Israel.

El profeta Zacarías profetizó que vendrán días en que “todos los profetas se avergonzarán de su visión cuando profetizaren; ni nunca más vestirán *el manto vellosos*” (Zac 13, 4). Es decir, un “manto vellosos” fue la vestidura típica del profeta en Israel. Y así se vistió Elías. Sabemos esto porque cuando Elías súbitamente se apareció a los mensajeros del rey Ocozías, el rey les preguntó: “¿Y Cómo era aquel varón que encontrasteis?... Y ellos le respondieron: Un varón que tenía *vestido de pelo*, y ceñía sus lomos con un *cinturón de cuero*. Entonces él dijo: Es Elías tisbita” (2 Reyes 1, 7-8). El rey le reconoció por sus vestiduras —un “*vestido de pelo*” y “un *cinturón de cuero*”. Este es el mismo Elías que vivió en el desierto, porque a él vino la palabra del Señor, diciendo: “Apártate de aquí, y vuélvete al oriente, y escóndete en el arroyo de Querit, que está frente al Jordán. Beberás del arroyo; y yo he mandado a los cuervos que te den allí de comer” (1 Reyes 17, 3-4).

Así también se vistió y vivió Juan, preparando así en el desierto el camino del Señor. De hecho, Juan era Elías revuelto a la tierra según la palabra de Jesús, porque los judíos estaban esperando el retorno de Elías a la tierra en los últimos días para preparar el pueblo para la venida del Señor, como profetizó Malaquías, diciendo: “He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día del Señor, grande y terrible. Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga e hiera la tierra con maldición” (Mal 4, 5-6). De veras, Juan desempeñaba este papel de Elías revuelto a la tierra, como dijo Jesús: “todos los profetas y la ley profetizaron hasta Juan. Y si queréis recibirlo, él es aquel Elías que había de venir” (Mt 11, 13-14).

Esta fue la misión de Juan, de preparar los corazones del pueblo para su Mesías. Él vino, como Elías, como dijo el ángel a Zacarías, el padre de Juan: “con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y de los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto” (Lc 1, 17). Por su manera austera de vivir en el desierto, por el testimonio de su vida, y por su predicación, Juan desempeñaba el papel de Elías, como profetizó Malaquías (Mal 4, 5-6), que era el papel del precursor del Mesías. Jesús hizo claro que Juan desempeñaba el papel de Elías revuelto a la tierra cuando “sus discípulos le preguntaron, diciendo: ¿Por qué, pues, dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero? Respondiendo Jesús, les dijo: A la verdad, Elías viene primero y restaurará todas las cosas. Mas os digo que Elías *ya vino*, y no le conocieron, sino que hicieron con él todo lo que quisieron... Entonces los discípulos comprendieron que les había hablado de Juan el Bautista” (Mt 17, 10,13).

Juan siempre desempeña este papel de Elías revuelto a la tierra, preparando al pueblo para la venida del Señor. Esto es “Porque es —como dijo Jesús— de quien está escrito: He aquí, yo envío mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti” (Mt 11, 10; Mal 3, 1). Toda su *austeridad* fue parte de esta preparación, y en esto Juan es *siempre* el ejemplo y modelo enviado a nosotros por Dios para mostrarnos qué debemos hacer y cómo debemos prepararnos para la venida del Señor.

Aun su comida es una enseñanza para nosotros en su austeridad y simplicidad. Es una renuncia de los placeres de este mundo. Esto es parte de la gran purificación que necesitamos para estar preparados y purificados para la venida del Señor para poder experimentar su esplendor y luz, y calentarnos en su resplandor, armando nuestra tienda en esta belleza, en las cimas de la luz y permaneciendo allí, inundados de su amor.

Juan comía langostas y miel silvestre. Langostas fueron comida limpia, permitida a los israelitas. Levítico dice: “Todo insecto alado que anduviere sobre cuatro patas, tendréis en abominación. Pero esto comeréis de todo insecto alado que anda sobre cuatro patas, que tuviere piernas además de sus patas para saltar con ellas sobre la tierra; estos comeréis de ellos: la langosta según su especie” (Lev 11, 20-22).

Pero *¡qué austeridad!* Así quiso Dios que el precursor del Mesías preparara el camino del Señor en el desierto, y su ejemplo es una parte permanente del evangelio. Es el ejemplo dado a nosotros por Dios para preparar el camino del Señor. Debemos prepararlo en el *desierto* de un modo u otro. Así se prepara el camino del Señor, como profetizó su padre Zacarías: “y tú, niño, profeta del Altísimo serás llamado; porque irás delante de la presencia del Señor *para preparar sus caminos*” (Lc 1, 76). Y Lucas nos dice: “Y estuvo en lugares *desiertos* hasta el día de su manifestación a Israel” (Lc 1, 30).

Juan vivía en el desierto como asceta y nazareo. El libro de Números describe la vida del nazareo así: “El hombre o la mujer que se apartare haciendo voto de nazareo, para dedicarse al Señor, se abstendrá de vino y de sidra; no beberá vinagre de vino, ni vinagre de sidra, ni beberá ningún licor de uvas... Todo el tiempo del voto de su nazareato no pasará navaja sobre su cabeza...” (Num 6, 3.5). Y el ángel Gabriel le dijo a Zacarías, el padre de Juan: “No beberá vino ni sidra, y será lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre” (Lc 1, 15).

Así fue Juan. Así fue su vida en el desierto. Y así, “siendo sumos sacerdotes Anás y Caifás, vino palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto” (Lc 3, 2). Sobre sí mismo, “cuando los judíos enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas para que le preguntasen: ¿Tú, quién eres?... Dijo: Yo soy la voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías” (Jn 1, 19.23).

Juan fue despojado de todo de una manera extrema. Unió una renuncia total del mundo con una entrega total a Dios. Se hizo perfectamente vacío para Dios, desasido de todo placer terrenal, vivía en una ruptura completa, física e heroica del mundo, viviendo únicamente para la invasión divina. Vivió en una sequedad terrena; pero experimentaba manifestaciones celestiales. Así se purificó para ser un instrumento apto en las manos de Dios. Así él predicó *primeramente* con su *vida*, y su vida fue su mejor y más importante sermón.

Siendo purificado así, él vivió sumergido en el amor de Dios, y pudo predicar a otros con autoridad personal que vino de su propia experiencia de Dios. Él conoció lo que quiere decir preparar en el *desierto* el camino del Señor. Purificado así, ya vivía en la iluminación del Sol de justicia, y pudo predicar a los demás.

Así quiso Dios que viviera su precursor. Así Juan nos mostró cómo se prepara el camino del Señor. Si queremos prepararnos para la venida del Señor, así se hace. Y entonces poco a poco veremos nuestro mundo *transformado*, y nuestras vidas *allanadas* y *llenadas de Dios*. Esto será la acción del Señor en nosotros, divinizándonos, una vez que hayamos preparado su camino en el desierto de nuestra vida, vaciándola de todo lo que no es de él. Entonces veremos que “todo valle se rellenará, y se bajará todo monte y collado; los caminos torcidos serán enderezados, y los caminos ásperos allanados” (Lc 3, 5; Is 40, 4). Entonces, como dice Lucas, “verá toda carne la salvación de Dios” (Lc 3, 6), o como Isaías lo dice: “Y se manifestará la gloria del Señor, y toda carne juntamente la verá” (Is 40, 5).

Juan preparó en el desierto para esta visión de gloria cuando todo el mundo será una vasta llanura llena de la gloria de Dios, visible a toda carne, y cuando “toda carne juntamente la verá” (Is 40, 5). Entonces será cumplida la profecía del salmista: “Todos los confines de la tierra han visto la salvación de nuestro Dios” (Sal 97, 3). Esta salvación, esta gloria, se mostrará cuando estemos preparados y purificados; y Juan nos muestra cómo prepararnos y purificarnos al preparar en el desierto el camino del Señor. En el ministerio de Juan, el desierto floreció, y fue cumplida la profecía de Isaías: “Se alegrarán el desierto y la soledad; el yermo se gozará y florecerá como la rosa. Florecerá profusamente, y también se alegrará y cantará con júbilo; la gloria del Líbano le será dada, la hermosura del Carmelo y de Sarón” (Is 35, 1-2).

Y ¿qué quiere decir: “Todo valle se rellenará”? Quiere decir, yo creo, que nuestro vacío se rellenará de Dios y de su esplendor y plenitud. Todo valle de nuestra tristeza y depresión se rellenará de esplendor.

Y ¿qué quiere decir: “Y se bajará todo monte y collado”? Quiere decir, yo creo, que nuestra soberbia será abajada, y descubriremos que son los pobres de espíritu que son los verdaderos bienaventurados, y que son ellos que viven con Dios, y se calientan en su esplendor. Esto es porque “La altivez de los ojos del hombre será abatida, y la soberbia de los hombres será humillada, el Señor solo será exaltado en aquel día. Porque el día del Señor de los ejércitos vendrá sobre todo soberbio y altivo, sobre todo enaltecido, y será abatido” (Is 2, 11-12).

Y ¿qué quiere decir: “Los caminos torcidos serán enderezados”? ¡Cuán torcidas puedan ser nuestras relaciones con otras personas! Dios puede enderezar esto, poniendo su amor en nuestros corazones y dándonos al mismo tiempo un amor a nuestro prójimo. Y cuando el Señor, junto con nosotros, baja nuestro orgullo, todo puede cambiar, y nuestros enemigos vienen a ser nuestros amigos. Es Dios quien endereza estos caminos torcidos.

Y ¿qué quiere decir: “Y los caminos ásperos, allanados”? Quiere decir, yo creo, que nuestros corazones y cuerpos cargados “de glotonería...y de los afanes de esta vida” (Lc 21, 34), que son nuestros caminos ásperos, serán allanados, serán aliviados, para que podamos erguirnos y levantar nuestra cabeza, y ver que nuestra redención ya está cerca (Lc 21, 28). Quiere decir, yo creo, que nuestra búsqueda de placer fuera de Dios será curada, y viviremos en la cercanía del Señor con corazones ligeros. Los caminos ásperos serán allanados.

